

Venezuela Heroica
Eduardo Blanco
(Fragmentos)

Carabobo

XIX

Al despuntar la aurora del 24 de Junio de 1821, el ejército republicano se pone en movimiento; apresta las armas, deja en el campamento todos los equipajes, ganados y acémilas que pudieran embarazar su marcha, y, apercebido á la pelea, recorre lleno de entusiasmo la distancia que media entre las dos llanuras, testigos de sus pasados triunfos.

Alegre y bulliciosa era la marcha de nuestros regimientos: más que a reñir una batalla, aquellos bravos, afanados en llegar al término deseado, parecían dirigirse á una feria. Ante la gloria de la patria, nadie pensaba tristemente ; arrebatar á la victoria la mayor cantidad de laureles era la aspiración de todos. En medio al ruido acompasado de la marcha resonaban estrepitosos vítores, fanfarronadas estrambóticas, gritos preñados de amenazas; y se entonaban coplas de melodioso ritmo, alusivas á los pasados triunfos, á nuestros héroes muertos, no vencidos ; y corrían chanzonetas sarcásticas sazonadas de gracia y de dichos picantes, que, unidas al metálico chasquido de las armas, al relincho de los caballos y al susurro del viento en el ramaje de los árboles, formaba un extraño concierto, estrepitoso e inarmónico, pero lleno de virilidad y de alegría. Nuestros soldados, como los antiguos lacedemonios que precedía Tirteo, se enardecían con los himnos guerreros de sus bardos salvajes, y cantando sus pasadas glorias se dirigían a Carabobo.

Empero, para llegar a Carabobo por el camino que Bolívar seguía, era necesario superar graves inconvenientes opuestos por la naturaleza: dificultades, que, dado caso hubiera sabido aprovechar el enemigo, ruda y costosa habría sido, sin duda, la empresa de vencerlas. Después de esguazar el Chirgua y de internarse en las tortuosas quiebras de la serranía de las Hermanas, había que penetrar por el desfiladero de Buenavista, posición formidable donde pocos soldados bastan á contener todo un ejército, marchar luego por un camino lleno de asperezas, dominado en gran parte por alturas cubiertas de bosques y zarzales, y atravesar, al fin, el paso de una abra estrecha y larga, fácil de defender. Vencida el abra empieza la llanura.

La Torre despreció, sin embargo, las ventajas que ofrecía la conformación de aquel terreno por donde forzosamente nuestro ejército tenía que penetrar. Franca dejó al Libertador tan peligrosa vía, conformándose sólo con defender la entrada á la llanura. La pérdida completa del destacamento situado en Tinaquillo, fue acaso la razón que decidiera al enemigo a reconcentrar todas sus fuerzas. Las avanzadas que tenía en Buenavista replegaron a la aproximación de los independientes; ocuparon estos tan inexpugnable posición ; y desde allí pudieron ver nuestros soldados a todo el ejército español, desplegado en batalla, en la hermosa llanura de Carabobo.

El bélico alborozo de los primeros Cruzados, al divisar los muros de la ciudad de Cristo, cuyo sepulcro ansiaban redimir, no fue mayor que el júbilo entusiasta que se

produjo en el ejército patriota, al contemplar la imponente llanura donde había de efectuarse la completa redención de Venezuela. Un grito inmenso resuena en las alturas que dominan de lejos el campamento de La Torre : grito terrible, provocación amenazante de seis mil combatientes, resueltos á conquistar, en aquel día, la más trascendental de sus victorias o a perecer en el glorioso campo, haciendo por la Patria el postrer sacrificio.

XXVII

En el instante en que el ejército español cede y se rompe, un apuesto jinete penetra al campo de la ardorosa lid; su marcial arrogancia cautiva todas las miradas y nuestros escuadrones saludan con frases de entusiasmo al joven General de la 3^a División republicana, a quien abrasa inmoderado anhelo de tomar parte en aquella batalla que ve espirar sin esgrimir su espada. Apenas en el campo, busca y divisa los cuerpos enemigos que aun defienden airados sus rasgadas banderas: y sobre ellos se lanza a toda brida sediento de merecida gloria.

Barbastro y Valencey son los únicos cuerpos castellanos que todavía resisten al empuje de nuestras armas triunfadoras; sobre ellos se ensañan nuestros escuadrones y, a par del general empeño, que todos ponen en vencerlos, se ven de pronto acometidos por un escaso grupo de jinetes, cuya audacia los conturba y fascina, y a cuyo frente, violentos e impetuosos como dos huracanes, emulándose en rapidez y en arrojo, se miran dos atletas a cual más esforzados: Páez, el victorioso y el denodado Ambrosio Plaza, en quien la sangre de su claro linaje bulle ardiente y se derrama generosa.

Ante aquella furiosa acometida, Valencey retrocede y Barbastro se rinde; mas ah! su postrera descarga antes de entregarse prisionero, arrebatada a Colombia una de sus preclaras glorias: una bala penetra el corazón del joven héroe y Plaza espira entre los vítores del triunfo.

Con la rendición de Barbastro, el campo de batalla se siente sacudido por aquella catástrofe de las legiones españolas; y un grito espantoso, clamor desgarrador, inmenso, último suspiro de agonía de aquel pujante ejército, resuena en la llanura, y la derrota se declara completa.

Carabobo duró lo que el relámpago; puede decirse que para todos fue un deslumbramiento.

Sobre la frente erguida del vencedor en “Las Queseras”, brillaba un laurel más, y de alto precio.

El Libertador desciende á la llanura en el momento en que se decide la batalla. Su pronóstico estaba cumplido ; el ejército patriota saluda entusiasmado a su inmortal caudillo.

XXVIII

Tres siglos de absoluto poderío quedaban sepultados por aquella jornada. Venezuela se levantaba libre, del polvo enrojecido con la sangre de sus hijos; y golpeaba con sus pesados grillos la espalda de sus dominadores. La tiranía vencida, huía espantada, como sus factores los déspotas, cuando el hierro que esgrimen se rompe entre sus manos, y se alzan sus víctimas, y les muestran los cerrados puños donde sangran las llagas, testimonio de las estrechas ligaduras.

Semejante derrota, más que un desmoronamiento, era un vértigo horrible; inexplicable en aquellos pujantes legionarios que tantas veces nos disputaron la victoria. Los más valientes todos, pues que todos lo eran, corrían despavoridos, nuestra caballería acuchillaba a aquellos leones como á simples corderos; empero, algo aun más terrífico que el bote de las lanzas, los hacia estremecer, los acosaba: la sombra de todas sus pasadas crueldades se erguía ante ellos y les causaba espanto.

Todas nuestras victorias y desastres tomaban parte activa en aquella catástrofe, y de lo alto de nuestras banderas volaban y seguían el confuso tropel de la derrota. Sobre la frente pálida de aquellos amedrentados fugitivos, batían las alas, cual relámpagos, “Araure” y “La Victoria”, “San Mateo”, “Vigirima”, “El Juncal” y “San Félix”, “Boyacá” y “Las Queseras”; mientras con rostro cárdeno y torva la mirada, ¡ay! sus pasados triunfos, espectros aun más terribles para ellos, gritaban con estridente voz á sus oídos: ¿A qué la sangre derramada si habíais de ser vencidos? y “Úrica” les mostraba la cabeza de Ribas; “Cumaná” y “Maturín” las manos enrojecidas en la sangre de mujeres y niños ; “Barcelona” el hacha del verdugo y la tea del incendio; y “La Puerta” su triple brazo armado, sangriento, amenazante, con el puñal de Morales, la espada de Morillo y el sable de Boves, mellados en el degüello de millares de víctimas.

El ejército de Fernando el Deseado estaba vencido, y vencido sin gloria. Empero, la vergüenza de aquel abatimiento no había de mancillar a España, no.

Detrás de aquel ejército acometido de pavor, aparece de pronto, altiva como siempre, en la tradición y en la historia, la pujante raza del Cid y de Pelayo: la España pueblo, la gloriosa España, con el espíritu indomable que inflamó de heroísmo á Zaragoza y con el fuego inextinguible que abrasara la mano del vencedor de Europa al intentar posarla sobre la tierra ibera.